

BOLETÍN
de la
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE BIZANTINÍSTICA

nº 35

mayo de 2020

Índice

- I Bizancio de actualidad: pandemias en Bizancio y hoy (Presentación)**
por Juan Signes Codoñer 2
- 1 Procopius and the Plague in 2020**
por Geoffrey Greatrex 5
- 2 (Not) Learning from the Plague**
por Dionysios Stathakopoulos 13
- 3 The economic effects of the Justinianic Plague?**
por Lee Mordechai 19
- 4 L'impact de la maladie dans un monde en crise. Le cas de Byzance au temps de la peste noire**
por Raúl Estangüi Gómez 28
- 5 Chrétiens de Byzance au défi de la Peste noire**
por Marie-Hélène Congourdeau 35



Boletín de la Sociedad Española de Bizantinística 35 (mayo de 2020) tiene una [licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

DOI: 10.5281/zenodo.3813441

Bizancio de actualidad: pandemias en Bizancio y hoy (Presentación)

Juan Signes Codoñer
Sociedad Española de Bizantinística
estudiosbizantinos@gmail.com

La crisis desatada en el mundo por una nueva variante de coronavirus procedente de Asia, nos recordó inmediatamente a todos los que nos dedicamos al mundo bizantino los estragos que la peste causó en el Imperio en dos momentos de su historia, a fines de la Antigüedad y de la Edad Media, marcando, como en una estructura anular, tanto sus dramáticos comienzos en plena restauración imperial de Justiniano en el siglo VI como su agónico final en el siglo XV en un mundo nuevo que alumbraba ya el mercantilismo. Se planteó así la idea de convocar a los expertos mundiales en el ámbito a una reflexión sobre la peste en Bizancio a partir de la experiencia actual y ello no tanto por hacernos visibles en la vorágine de publicaciones que ha desencadenado la actual pandemia, cuanto como medio de reivindicar, una vez más, el papel crucial que tiene la Historia en general (con mayúsculas) y Bizancio en particular en nuestra comprensión de las sociedades contemporáneas.

El imparable progreso tecnológico que vive actualmente la humanidad ha traído consigo la idea de una historia lineal y teleológica en la que el hombre parece dueño de escribir su destino. Pero la condición humana y las leyes físicas no han cambiado, siguen siendo las mismas que hace siglos y milenios, por más que el ritmo acelerado que nos impone la sociedad de consumo global nos haya hecho perder la perspectiva de nuestro lugar en el mundo. Un imperio como el bizantino, que se reinventó en numerosas ocasiones para permanecer fiel a sí mismo, es un buen modelo para analizar el impacto de las pandemias sobre las sociedades humanas a lo largo de los siglos. En efecto, en Bizancio las reacciones

ante enfermedades y pestes estuvieron siempre articuladas desde una misma tradición cultural (griega, cristiana e imperial) que fue consciente de la continuidad en el cambio.

Así, la peste que asoló Atenas en el 430 a.C., al comienzo de la guerra del Peloponeso, descrita con realismo por el historiador Tucídides, no era un suceso remoto y lejano en el momento en que, más de un milenio después, el historiador Procopio de Cesarea trató de reflejar los estragos de la peste en su propia época, algo que, de nuevo, casi otro milenio más tarde, volvió a hacer el emperador Juan VI Cantacuceno en su obra. La evocación por parte de escritores bizantinos de aquellos hechos de la Atenas democrática, tan lejana en mentalidades a la ortodoxa e imperial Bizancio, no era un simple guiño literario de una cultura mimética, sino una deuda hacia las lecciones del pasado, una deuda que no impidió que Procopio o Cantacuceno tiñeran sus relatos, formalmente áticos, de su propia ideología y de preciosas referencias al impacto que la peste tuvo en sus respectivas sociedades: los miedos, supersticiones y conflictos sociales que documentan resultan muy reveladores a los modernos historiadores. Hoy en día, en cambio, ante un fenómeno tan viejo como la civilización, la peste, nuestro moderno mundo habla de algo inédito e inusitado, de un fenómeno nunca visto, no solo ignorando la historia, sino la propia condición humana. Ni siquiera hay recuerdo vivo de la llamada gripe española que tiene apenas cien años de antigüedad.

Partiendo de la convicción de que la historia es un libro que se reescribe, contactamos con cinco bizantinistas que han trabajado de alguna manera sobre la peste en Bizancio en los dos periodos de su mayor impacto, para que nos ofrecieran una reflexión de urgencia sobre su incidencia en la que buscaran también (en cierto modo como Procopio y Cantacuceno) combinar el análisis del pasado con la reflexión sobre el presente. No hubo directrices más allá de esta consigna (y de la necesaria limitación de extensión) y cada uno de ellos nos entregó a finales de abril sus contribuciones que ahora publicamos en este número

extraordinario del boletín a fin de que cada una hable por si sola, pues sus autores no necesitan presentación.

Como se apreciará, las respuestas e interpretaciones que se dan al impacto de la peste en Bizancio no son únicas. Eso se debe sin duda a las diferentes metodologías y perspectivas adoptadas por los investigadores, en las que se combina el método histórico con el análisis de las fuentes, en gran medida literarias. En cierto modo, las contradicciones o perspectivas diferentes que emergen en los artículos que siguen no son tan distintas de las que hoy nos encontramos entre los analistas, que proponen interpretaciones muy variadas por la propia diversidad de criterios que adoptan y por el gran margen de error con que los aplican, de forma que se plantea la duda incluso de que la estadística, el análisis médico o los estudios económicos puedan considerarse disciplinas exactas o fiables. Obviamente, el estudio del pasado, como nuestros colaboradores reconocen en sus contribuciones, suscita aún mayores dudas, pero por ello precisamente es necesario que lo aborden especialistas como los que participan en este boletín.

La realidad es que la historia no se debe reducir a una única y simple causa, tal como muchas veces pregonan los titulares de los periódicos y preconiza una cierta manera populista de hacer política, sino que, más bien, las causas son siempre complejas, aunque la mente humana solo capte una parte de la verdad. Las limitadas percepciones del pasado no nos deben provocar una sonrisa de superioridad sino servir como espejo de nuestras propias distorsiones.



Procopius and the Plague in 2020

Geoffrey Greatrex
 University of Ottawa
 greatrex@uottawa.ca

(17) At that time it was not easy to see anyone in Byzantium out in public; all those who were healthy sat at home either tending the sick or mourning the dead. (18) If one did manage to see a man actually going out, he would be burying one of the dead. All work was stopped; craftsmen abandoned all their crafts and every task which any man had in hand. (19) In a city with a remarkable abundance of good things a harsh famine ran riot. It seemed hard and indeed very worthy of note to have enough bread or anything else. As a result even to some of the sick the end of their life came to seem untimely because of the want of provisions. (20) To sum it up, it was quite impossible to see anyone dressed in a chlamys in Byzantium, especially when the emperor fell ill (for he too had a bubonic swelling); in the city that held the sovereignty over the whole Roman empire everyone was wearing clothes befitting private citizens and staying quietly at home.

Proc. Wars II.23.17-20

Procopius' description of life in Constantinople, where he himself was living in spring 542, when the bubonic plague struck, strikes a resounding note today. As I write this article in Ottawa, Canada, I am still allowed to walk around the city, but I am prevented from going to my office at the university, while nearly all shops are shut; in Spain, I know, the situation has been far more critical and restrictions correspondingly severe. It is not surprising

therefore that an on-line Byzantine reading group recently chose to start its activities with a discussion of plague, citing a short extract from this very passage of Procopius.

It is perhaps a measure of the complacency of our western societies that the most recent trend in discussions of the Justinianic Plague, also referred to as the Early Medieval Pandemic (EMP), has been drastically to play down its impact. To take the case of Procopius in particular, Lee Mordechai, Merle Eisenberg, Timothy P. Newfield, Adam Izdebski, Janet E. Kay, and Hendrik Poinari suggested in 2019 in a leading American scientific journal that the plague was «an inconsequential pandemic», arguing (amongst other points) that in Procopius, as in other sources, the plague did not take up much space – less than 1% of his work. Other data, e.g. concerning inscriptions and legislation, is also marshalled to show that the impact of the plague has been grossly overstated. This article is in fact just one in a flurry of recent publications by the first two authors among this collection –see the bibliography at the end– that, while offering a useful survey of recent scholarship in the field, aim to relativise the importance of the Justinianic plague. Much of this work comes from Princeton University, and it is not surprising therefore that another recent article, also by a panoply of scholars, in this case led by John Haldon, equally insists that one not overstate the importance of the plague.

But why this sudden tendency to downplay the «Early Medieval Pandemic»? It is partly a natural scholarly reaction, of course, to a growing orthodoxy that traces many notable changes in the Late Antique period, whether demographic, social or religious, to the impact of the plague. The valuable synthetic work of scholars such as Lester Little and Peter Sarris, combined with the possibility of detecting traces of the DNA of *Yersinia pestis* in the teeth of plague victims, has encouraged a focus on the plague, its geography and its effects. The DNA evidence has revealed traces of the plague even beyond the regions already associated with the plague, such as Bavaria. At the same time, Mischa Meier has argued, both in German and, more recently in English, that the psychological impact of the plague –a subject of

great interest to Procopius– on the Byzantine empire was considerable, resulting in, for instance, a great surge in the veneration of the Virgin Mary. This inference has likewise been contested, most recently by Kristina Sessa, who argues that wider factors were involved in the burgeoning cult of Mary.

The immediate trigger, however, for the recent spate of publications seeking to demonstrate the limited impact of the plague was a popular book by Kyle Harper entitled *The Fall of Rome: Climate, Disease, and the End of an Empire*, which appeared in 2017. It is a wide-ranging survey of the various environmental and medical disasters that befell the empire, arguing that these constitute the true causes of the empire's collapse. It is worth quoting a couple of extracts to give a flavour of the book:

At scales that the Romans themselves could not have understood and scarcely imagined –from the microscopic to the global– the fall of their empire was the triumph of nature over human ambitions (p. 4).

Even more consequentially, the Romans built an interconnected, urbanized empire on the fringes of the tropics, with tendrils creeping across the known world. In an unintended conspiracy with nature, the Romans created a disease ecology that unleashed the latent power of pathogen evolution. The Romans were soon engulfed by the overwhelming force of what we would today call emerging infectious diseases. The end of Rome's empire, then, is a story in which humanity and the environment cannot be separated (p. 5).

Harper's book takes a strident determinist line, for which it has understandably drawn considerable fire, notably from Lee Mordechai and others. Yet the resonance of the extracts just quoted in today's context is striking. There is little doubt, it seems to me, that Harper goes to excessive lengths to support his maximalist thesis, in which nearly all change can be attributed at some level to environmental factors or infectious diseases; a trivial example of

a dubious use of sources may be found at p.206, where he quotes a passage on Procopius' astonishment at God's decision to allow Khusro to capture Antioch (II.10.4) to make it seem as if he is referring rather to the plague. What is more, one wonders whether mobility within the Roman empire was necessarily greater than that which existed, for instance, in the archaic period, with the huge movement of Greek colonisation, not to mention Phoenician trading and colonising activities.

Nonetheless, perhaps partly because of its punchy prose, Harper's book is more likely to weather the present storm more successfully than the thesis put forward by his opponents. If we return to the article mentioned at the start of this contribution, it is amazing to think that one can build any sort of argument on bald statistics of space allocated to a particular topic in a particular author. True, Procopius describes the plague in just two chapters of the Persian Wars as well as alluding to it cursorily in the Secret History (where he asserts that it killed half the population, 18.44), which represents a small proportion of all his works. But the problem here lies in this narrow quantification, a danger inherent in «digital humanities»: it is essential to read the texts and to grasp their importance. There is surely no doubt that Procopius' description of the plague is a *pièce de résistance* in his work, echoing Thucydides' earlier account of the plague in Athens. Both passages in turn exercised a great influence on later Byzantine writers, such as John Cantacuzenus and Critobulus of Imbros; Procopius' even left its mark on the *Megas Chronographos*. In other words, although it constitutes less than 1% of his writings, his account of the plague clearly left its mark, as he intended it to. One might compare it to the bold speech of Theodora at Persian Wars I.24.33-7, which is really quite short, but which continues to exercise an influence on our whole perception of the empress.

A few parallels with our current situation may be useful. If we were to measure somehow the sheer volume of coverage of the Covid-19 virus, whether in the normal media or social media, we would surely have to conclude that it is a massive event, causing huge

demographic losses and widespread panic. And yet, at the moment of writing (15 April 2020), it has infected some two million people worldwide, while just over 125,000 have died from it. More than that number died in Constantinople alone during the first outbreak of the Early Medieval Pandemic, as Procopius and other sources indicate; even sceptics would accept a figure well over this, although much depends on how populous we believe the city was. It should be immediately apparent that one should not jump to conclusions just because of the amount of attention an event attracts in the sources, particularly when we are dealing with periods for which source coverage is far from satisfactory. To claim that the EMP was «an inconsequential pandemic» is surely needlessly provocative, but Harper's attempt to attribute almost every change to the pandemic or to environmental factors is equally suspect.

An important difference between Procopius' pandemic and our present situation lies in the nature of the plague: that of sixth-century Constantinople was immediately visible – to the point that one French scholar, Bruno Pottier, has suggested that the scars that Justinian bore from his contraction of the plague may be observed on some his coins. Both Procopius and John of Ephesus provide detailed descriptions of the symptoms. With today's pandemic, the disease is almost invisible, making it all the more threatening. Because it can abruptly strike anyone and lay them low it engenders a fear out of proportion to the numbers actually involved. As the medical correspondent of the British journal *Private Eye* has observed, in winter 2018-19 there were 50,000 more deaths in England and Wales than expected, attributable to a harsh winter, austerity measures and seasonal respiratory viruses; yet this elicited little or on media comment, no doubt because it was almost exclusively the elderly and marginalised who were affected. In the western world we are reluctant to talk of death, but we are also very selective and even inconsistent in how we evaluate loss of life and threats to our health.

In general, the debate between maximalists and relativists had generated more heat than light; already in 2005 Peregrine Horden warned of this phenomenon in discussions of the EMP. Plague studies and collaboration between historians and scientists have attracted funding and popular attention: «Roman Empire did not fall because of plague, study claims» was the headline in an article of *The Daily Telegraph* on 2 December 2019, reporting Mordechai's claims. In an age where «hits» on websites count, researchers have every interest in exaggerating their claims to gain attention – whether to overplay the impact of the plague or to do the opposite. As so often, the truth surely lies somewhere in the (less exciting) middle: the plague accelerated tendencies, whether religious or cultural, that were already underway.

I would suggest that this is precisely what is happening in the world today. Already before the crisis civil liberties were being eroded as a result of the potential for increased surveillance offered by electronic means, while governments were steadily strengthening their control of society; meanwhile, the gulf between rich and poor has been constantly widening. With the appearance of such a threat to the population and widespread demands to take steps to counter it, however drastic, the state has been able to go further in its encroachments on private life than we would have envisaged possible only a few months ago. In this context, the article of Anthony Pouliquen of 2 April in *L'ardeur*, «COVID-19, l'ami des dominants» is thought-provoking, even if it concentrates on the French situation.¹ Moreover the poor, particularly in the U.S., have been much worse hit than the wealthy. One might even argue that our globalised world, in which there is such a massive volume of international trade alongside an increasing disparity of wealth within societies, provides ideal conditions for a pandemic; Justinian's bustling capital, to which ambassadors, petitioners and traders flocked from the Mediterranean world and beyond, likewise offered promising conditions for the spread of disease.

¹ To be found at <http://www.ardeur.net/2020/04/covid-19-lami-des-dominants/>

The author is a Professor of Classics whose research focuses on the period of the Emperor Justinian and relations between Romans and Persians in Late Antiquity. He is currently completing a commentary on Procopius' Persian Wars as well as revising and completing Averil Cameron's translation of the work. At the same time he has also translated the work into Esperanto. To give a flavour both of the translation and of the language, this is the extract quoted at the start of the article:

(17) *Tiutempe ne ŝajnis facile vidi iun ajn en Bizanco, kiu butikumis, sed ĉiuj, kiuj bonŝancis esti korpe sanaj sidadis ĉeĥejme, aŭ por varti la malsanulojn, aŭ por priplori la mortintojn.* (18) *Se iu kapablis renkonti iun, kiu rondiris, tiu portis iun kadavron. Neniu komerco funkciis, laboristoj forlasis ĉiun laboron, ĉiu rezignis pri ĉio ajn alia, kiun li estis pretiganta.* (19) *Tiel en urbo, kie mirinde abundas ĉiuj bonaĵoj serioza malsato furiozis. Ĉiaokaze la akiro de sufiĉa pano aŭ alia manĝaĵo ŝajnis malfacila kaj notinda afero. Tiel al iuj malsanuloj ŝajnis, ke la vivofino okazis antaŭtempe pro la manko de necesajĵoj.* (20) *Resume, ne eblis vidi eĉ unu personon en Bizanco, kiu portis klamidon, aparte kiam okazis, ke la imperiestro malsanis (ĉar eĉ li suferis pro pufiĝo de bubono), sed en la urbo, kiu dominis la tutan romian imperion, ĉiuj restis trankvile portante siajn privatajn vestaĵojn.²*

BIBLIOGRAPHY

I have divided this into those who play down the EMP's importance and those who prefer to see it as an important event (a wider category than «maximisers»). Sessa's article is an interesting rejoinder to Harper with quite a broad focus. Sarris' short review of Harper's book is more balanced than that of Haldon et al., even if their much longer review goes into much more detail. I have included Stephen Mitchell's recent article because it is not as well known but is a useful synthesis on a particular region. Peter Sarris' recently published chapter is an excellent starting-point in the field from someone who has been reflecting on the plague for twenty years. Note that there is also now an app associated with the plague:

<https://cchri.princeton.edu/justinianic-plague-app>

THOSE WHO PLAY DOWN THE PLAGUE:

HALDON, J.F., ELTON, H., HUEBNER, S., IZDEBSKI, A., MORDECHAI, L. & NEWFIELD, T. «Plagues, climate change, and the end of an empire: A response to Kyle Harper's *The Fate of Rome*», *History Compass* 16.12 (2018) (the third part is on the Justinianic plague).

HORDEN, P. «Mediterranean Plague in the Age of Justinian», in M. Maas (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge 2005, 134-60.

MORDECHAI, L. & EISENBERG, M. «Rejecting catastrophe: the case of the Justinianic Plague», *Past and Present* (2019a) 244: 3-50.

² For more information on Esperanto in Spain, <https://esperanto.es/hef/>

- MORDECHAI, L. & EISENBERG, M. «The Justinianic Plague: an interdisciplinary review», *Byzantine and Medieval Greek Studies* 43 (2019b) 156-80.
- MORDECHAI, L., EISENBERG, M. *et al.*, «The Justinianic Plague: an inconsequential pandemic?», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (2019) <https://doi.org/10.1073/pnas.1903797116>
- SESSA, K. «The New Environmental Fall of Rome: A Methodological Consideration», *Journal of Late Antiquity* 12 (2019) 211-55.

THOSE WHO INSIST ON THE PLAGUE'S IMPORTANCE:

- HARPER, K. *The Fate of Rome. Climate, Disease, and the End of an Empire*. Princeton 2017.
- LITTLE, L. (ed.), *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*. Cambridge 2017.
- LITTLE, L. «Plague historians in lab coats», *Past and Present* 213 (2011) 267-90.
- MCCORMICK, M. «Tracking mass death during the fall of Rome's empire (I)», *Journal of Roman Archaeology* 28 (2015) 325-57.
- MEIER, M. *Das andere Zeitalter Justinians*. Göttingen 2003.
- MEIER, M. «The "Justinianic Plague": the economic consequences of the pandemic in the eastern Roman empire and its cultural and religious effects», *Early Medieval Europe* 24 (2016) 267-92.
- MITCHELL, S. «The Great Plague of Late Antiquity in Asia Minor», in C. Şimşek & T. Kaçar (eds.), *The Lykos Valley and Neighbourhood in Late Antiquity*. Istanbul 2018, 27-35.
- SARRIS, P. «The Justinian effect: origins and effects», *Continuity and Change* 17 (2002) 169-82.
- SARRIS, P. Review of Harper in *American Historical Review* 123 (2018) 1627-9.
- SARRIS, P. «Climate and disease», in E. Hermans (ed.), *Companion to the Global Early Middle Ages*. Leeds 2020, 511-37.

OTHER RELEVANT WORK

- CHOUIN, G. «Reflections on plague in African history (14th–19th c.)», *Afriques* 9 (2018) <https://doi.org/10.4000/afriques.2228>, esp. §§13-14 on the EMP, cf. §54 for some interesting remarks on the important work of Monica Green.
- POTTIER, P. «L'empereur Justinien survivant à la peste bubonique», *Travaux et Mémoires* 16 (2010) 685-91.

(Not) Learning from the Plague

Dionysios Stathakopoulos
King's College London
 stathakopoulos@kcl.ac.uk

Does history (or History, if you prefer) teach us anything? We may think of Hegel and google appropriate keywords («history» «teach» «nothing») and we will probably get a hit that will confirm what we remembered (but is false). It is always worth checking the actual text, as we tell our students, because memory is selective and plays tricks on us. Hegel wrote it as follows:

But what experience and history teach is this – that nations and governments have never learned anything from history or acted upon lessons they may have drawn from it. Each age and each nation finds itself in such peculiar circumstances, in such a unique situation, that it can and must take decisions with reference to itself alone [...]. Amid the pressure of great events, a general principle is of no help, and it is not enough to look back on similar situations [in the past]; for pale recollections are powerless before the stress of them, and impotent before the life and freedom of the present.¹

If Hegel is right, why do we find comfort in revisiting the past in search for clues? I suppose because it makes us feel less unique, and thus less alone. Finding analogies of our current experience introduces structure and order in what otherwise may seem like chaos. The following text should be read in this light, an exercise in structuring and making sense of the ocean of information we receive.

The «Plague of Justinian» or the «Justinianic Plague» or «The Early Medieval Plague» is the conventional name for the first recorded pandemic of plague in history usually taken

¹ G.W.F. HEGEL, *Lectures on the philosophy of world history*, trans. H.B. Nisbet, Cambridge 1975, 21.

to start with its outbreak in Pelusium (Egypt) in 541, returning in some 18 waves, with a final one ending its cycle in 750. Of course, as Foucault demonstrated in the *Archaeology of Knowledge*, by putting together a list of outbreaks and the typology that went with it, as I have, I have implicitly constructed a particular understanding of these events: a disease that emerged, flared up, retreated and returned for over 200 years. I have been recently criticized by Merle Eisenberg and Lee Mordechai not mainly, I think, for helping erect this intellectual edifice, but for not appearing as conscious of the fact that it is a construction. I think this criticism is correct. Revisionism is in order; it is only through a swinging of the pendulum that a new consensus can be reached.

In what follows, let me say from the outset that I will not discuss the key source about the plague, Procopius, referred to by Geoffrey Greatrex in this volume. Furthermore, I have decided not to talk about mortality rates and mass burials. I do not want to add to the mental images already colonizing our brains in this period. What I will discuss is the social response to the visitations of the disease drawing on material from all the visitations of the plague. The quality of information on the different outbreaks is not uniform; in fact, we are best informed about the first and the last ones, which is perhaps understandable.

Byzantines were mentally more prepared for the outbreak of epidemics. In the *Liturgy of Saint Basil* (which is now celebrated mostly on the Sundays of Lent, the period I am writing this piece) the priest prays: «Deliver this community and city, O Lord, and every city and town, from famine, plague, earthquake, flood, fire, sword, invasion of foreign enemies, and civil war». As my own research has shown, famines were very common; plagues (*λοιμοί*) less frequent, but still very familiar to those celebrating this liturgy. Pandemics, however, were very rare. And for this reason, as they cut through the everyday lives of everyone, they were amply recorded in our sources. Our sources often tell us that this disease had affected the whole world –we usually relativize such statements and see them as rhetorical tropes,

but in the case of the Justinianic plague, or at least for a number of its outbreaks, such a statement was quite true.

Contemporary populations reacted to the plague in different stages. At first, responses were active: understandably, people sought the service of physicians, even though they proved unable to offer any actual help. This should not surprise us: the prevalent intellectual framework for understanding (mass) disease –what we roughly call Hippocratic-Galenic medicine– based on the theory of the four humours, was not able to conceptualize the plague apart from blaming it on malignant air, miasma. This is made clear by the fact that the disease passed unnoticed among the medical authorities of the period. Although authors as Aetios of Amida (sixth century) and Paul of Aigina (seventh century) certainly experienced at least one outbreak of the plague, when dealing with that disease (or at least what they term plague, *loimos*) their approach is encyclopaedic and not based on observation.

Another initial reaction was flight from the affected areas, practised according to our sources both by common people, and even by the emperor Constantine V. This course of action was deemed fit as a Christian response to deadly epidemics. Anastasios of Sinai, writing in the seventh century, explained that if a pestilence had a miasmatic origin, it could be escaped by moving into an area with healthier air. Nevertheless, flight still constituted a point of controversy, as recorded by John Moschos in his *Spiritual Meadow*.² The two sons of a certain Prokopios were studying in Caesarea Maritima when the plague broke out. Their father consulted the holy father Zachaios because he faced a terrible dilemma: if he summoned his sons to him in Jerusalem, he could nevertheless not escape divine wrath, but if he left them in Caesarea they might die of the plague. The holy man prayed and told the anguished father that his sons would not die and that the plague would cease in Caesarea in two days' time. Apart from physicians, people sought help and solace in their Christian faith, going to church, praying and making votive offerings. They sought out their local holy

² CXXXI, in PG 87, 2996C-D.

men, dead or alive, such as Symeon the Stylite in Antioch, Demetrios in Thessalonica, or Sebastian in Rome and Pavia and prayed to them for their deliverance.³

As the disease continued to ravage the world, there was a gradual move towards more extreme reactions. John of Ephesos records the situation in Constantinople in 542.⁴ Rumours spread that if people were to throw pitchers from their windows onto the streets, death would leave the city. Soon the rumour had spread throughout the entire city and for three days survivors of the disease maniacally broke pitchers. As it was discovered that this measure was fruitless, people began to view monks and clerics in their habits as death personified. Whenever anyone saw a monk or clergyman in the street, thinking they were death, they started crying out that he should let them be because they belonged to the Virgin Mary, a saint or an apostle. Perhaps this feeling of crisis was stoked by some people. We do not have a clear image from one of the outbreaks of plague, but Agathias, allows us an insight into a similar case that occurred in Constantinople in 557 as the city had been visited by a devastating earthquake. Certain individuals claiming to be prophets or possessed by demons began announcing even worse catastrophes that were to come, aggravating the already tense atmosphere in the city: «It is usual for men of this sort to swarm in times of trouble», Agathias drily remarked.⁵

More and more extreme reactions were recorded as the disease persisted: from a supposed turn to increased almsgiving, to looting property whose owners had died. Shortages began to manifest themselves: in the *Vita of Nicholas of Sion* we are told that when the peasants who usually furnished Myra with foodstuffs heard that the plague had broken out in the city, they refused to enter it and soon a severe shortage occurred as all means of subsistence were lacking.⁶ In Constantinople the city markets were gradually empty

³ See STATHAKOPOULOS (2004) 150-51 with full references.

⁴ John of Ephesos (preserved in Pseudo-Dionysios of Tel-Mahre, *Chronicle* - Part III, trans. W. Witakowski [Translated Texts for Historians 22], Liverpool 1996, 97-98).

⁵ Agathias, *Historiarum libri quinque*, ed. R. Keydell (CFHB 2), Berlin 1967, V.5, 169-70.

of any commodities, so that anyone bringing goods to sell could demand whatever price they wished for them. Those providing services were also in high demand: many of those who risked their lives by working in the disposal of the countless dead bodies demanded higher wages. This is corroborated by a piece of imperial legislation, *Novella* 122, issued by Justinian in the aftermath of the plague's visitation on 23 March 544 in which the emperor comments on the fact that professionals of various trades, farmers and mariners had been demanding double and triple prices for their services and he orders the status quo as it existed before the outbreak of the plague to be restored.⁷

As the situation worsened, reactions became gradually subdued. Social and family ties loosened, kin was, at times, abandoned. Those who were unable (or unwilling) to flee were hypoactive and apathetic. Social interaction was curtailed. People were stunned as if intoxicated and the once loud and busy capital of the empire came to a standstill. The excessive mortality brought about sentiments and actions of religious dissent. This could take the form of relapse into paganism, as occurred with a community on the border of Palestine. Moved by demons appearing in the shape of angels, the inhabitants of this city began to worship a bronze idol that was still secretly worshipped by the remaining pagans, believing that death would not enter their city if they did so. Needless to say, that they were punished by divine wrath: while standing in front of the idol a whirlwind lifted it to the sky and then let it fall and break into pieces. By evening the entire city had been struck down.⁸

Dissent, however, could also take less radical forms. Some inhabitants of Thessalonica, allegedly weakened by the disease, became enraged with God for sending the plague.⁹ The

⁶ *Vita of Nicholas of Sion*, ed. G. Anrich = *Hagios Nikolaos. Der heilige Nikolaos in der griechischen Kirche* vol. 1 (*Texte und Untersuchungen* 52), Berlin 1913, 40-41; *The Life of Saint Nicholas of Sion*, ed. and trans. by I. Sevcenko & N. Patterson Sevcenko (*The Archbishop Iakovos Library of Ecclesiastical and Historical Sources* 10), Brookline, MA 1984, 83.

⁷ *Novellae = Corpus Iuris Civilis* vol. 3, ed. R. Scholl & G. Kroll (Berlin⁷ 1959), No. 122 (592-3).

⁸ John of Ephesos (preserved in Pseudo-Dionysios of Tel-Mahre) 93, 88.

⁹ *Miracles of St. Demetrios* = P. LEMERLE, *Les plus anciens recueils des Miracles de Saint Demetrios et la penetration des Slaves dans les Balkans*, Paris 1979-81, 2 vols., § 31(176).

most personal reaction to the various visitations of the disease is provided by Evagrius. During the recurrent outbreaks of the plague he had lost his wife, children and grandchildren to the scourge. He did not choose to talk about his negative experience, but his thoughts were caught by Symeon Stylites the younger. The holy man wrote to him, disclosing all of Evagrius' secret thoughts and making him aware of the mortal danger they had for his soul: Evagrius had wondered why his children had perished in the disease while those of his pagan neighbour(s) had survived.¹⁰

In my book on crises in Late Antiquity I concluded that Byzantine society which initially had great difficulties in managing the plague and its aftermath, coped with it at both a psychological and a practical, everyday level. The lesson from historical analogy need not be about human weakness and pettiness that may become more pronounced in times of crisis, but about resilience.

KEY READINGS

HORDEN, P. «Mediterranean Plague in the Age of Justinian», in *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge 2005, 134-160.

KALDELLIS, A. «The Literature of Plague and the Anxieties of Piety in Sixth Century Byzantium», in F. Mormando & Th. Worcester (eds.), *Piety and Plague From Byzantium to the Baroque*, Kirksville 2007, 1- 23.

LITTLE, L.K. (ed.), *Plague and the End of Antiquity: The Pandemic of 541- 750*, Cambridge 2006.

STATHAKOPOULOS, D. *Famine and Pestilence in the Late Roman and Early Byzantine Empire: A Systematic Survey of Subsistence Crises and Epidemics (Birmingham Byzantine and Ottoman Studies)* Aldershot 2004.

And for the more recent revisionist turn to <https://huji.academia.edu/LeeMordechai>

¹⁰ Euagrius, *Historia Ecclesiastica*, eds J. Bidez & L. Parmentier, London 1898, Reprint Amsterdam 1964, VI 23 (239); *Vita of Symeon Stylites the younger = La vie ancienne de S. Symeon Stylite le jeune (521-592)*, ed. P. van den Ven, 2 vols (*Subsidia hagiographica* 32), Bruxelles 1962-70, 233 (I 210-11).

The economic effects of the Justinianic plague?*

Lee Mordechai
Princeton University
lmordechai@princeton.edu

Since the beginning of the 21st century, the Justinianic Plague (henceforth JP) has seen a surge of scholarly and public interest. The trend has accentuated over the past few years, with multiple studies published in both historical and scientific high-impact journals, and is likely to continue during and after the COVID-19 pandemic. This paper focuses on the potential economic consequences of the JP in light of recent research. While much of this research has been published elsewhere, this contribution further reflects on its implications.

The standard JP narrative is fairly well known by now, so a basic sketch would suffice here. In 541 CE a disease that we now know was plague reached the Mediterranean. It likely originated in Central Asia, probably moved to India and from there reached Egypt, presumably through the Indian Ocean trade routes. Once in Egypt, it began spreading throughout the Mediterranean, moving inland from the shores. It eventually reached remote places such as present-day Bavaria. Mortality was very high – many recent estimates suggest plague resulted in the deaths of between a quarter and half the population of the Mediterranean (numbers often range between 15 and 25 million). Over the next two centuries, the narrative goes, plague returned in some form («waves», or «amplifications»), spreading again and causing more death (estimates of overall mortality for each of these recurrences are as high as 10 percent). Then, around 750, it mysteriously disappeared.¹

* All figures by L. Mordechai.

¹ For recent historiography on the JP see M. EISENBERG & L. MORDECHAI, «The Justinianic Plague: An Interdisciplinary Review», *Byzantine and Modern Greek Studies* 43.2 (2019) 156–80.

Over the past year, together with colleagues I have published a series of revisionist studies of the effects of plague. In these studies we examined a series of different qualitative and quantitative measures to try to identify traces of the JP's alleged demographic catastrophe (i.e. the loss of between a quarter and half the population over a few years) or some of the changes such a catastrophe would have undoubtedly caused in late antique societies. Yet as we examined dataset after dataset, it became clearer that the mid-6th century was neither a demographic nor an economic watershed moment. Although we hypothesized that a demographic drop would be reflected in different proxy datasets, upon closer investigation we found no indication for any drastic changes in the independent types of sources we examined. Our quantitative findings examining inscriptions, papyri, coins and pollen are discussed below; additional findings – both quantitative and qualitative – as well as a refutation of earlier arguments for plague effects on the economy can be found in two papers we have published on the topic.²

INSCRIPTIONS

Although widely recognized as important sources, inscriptions are not commonly used for late antique history. Until recently, many inscriptions were organized in large and relatively inaccessible reference works, limiting their access and use. Things have fortunately changed as a series of online projects have made hundreds of thousands of inscriptions from all over the Mediterranean freely accessible.³ The sources for the inscriptions in these collections, however, are not always clear since some projects lack documentation. Collections might focus on a particular ancient language, a certain region or simply digitize specific earlier printed publications. Some collections even aggregate other collections. Despite the

² L. MORDECHAI & M. EISENBERG, «Rejecting Catastrophe: The Case of the Justinianic Plague», *Past & Present* 244.1 (2019) 3–50 and L. MORDECHAI, M. EISENBERG *et al.*, «The Justinianic Plague: an inconsequential pandemic?», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (2019).

³ <https://inscriptions.packhum.org/>, <https://edh-www.adw.uni-heidelberg.de/home>, <http://www.manfredclaus.de/>, <http://www.edb.uniba.it/>, <http://eda-bea.es/>

methodological issues associated with the collections, we decided to use the inscriptions they collected to avoid ignoring this important resource.

Our quantitative analysis of the inscriptions focused on the first outbreak of the JP in 541/2. We had two hypotheses regarding the potential effects of plague. According to the first, a major mortality event at 541/2 would result in fewer people to finance and produce inscriptions, and therefore the number of inscriptions produced per year would decrease substantially immediately after 541/2. The second hypothesis stated that we would actually see a rapid increase in inscriptions immediately after plague, reflecting in this case the increased number of tombstones that commemorated the death of all those who died of plague. The number of inscriptions would then decrease to below the pre-plague average for the same reasons described for the first hypothesis.

To correct for some of the biases involved in these collections, we decided to use each of them independently to avoid the problem of considering the same inscription twice. To keep the data precise, we removed from consideration all the inscriptions that did not have a precise date (a specific year at least). We subsequently created a chart of all precisely-dated inscriptions for each collection (Figs. 1-2).

The results of our analyses of a couple of the inscription collections appear below. We found no effect in any of the different collections we examined that could be associated with the onset of plague, even though other effects such as the Persian conquest of Syria in the early seventh century is clearly visible (e.g. Fig. 1). We interpreted our results as evidence against a mass mortality event in the mid-6th century.

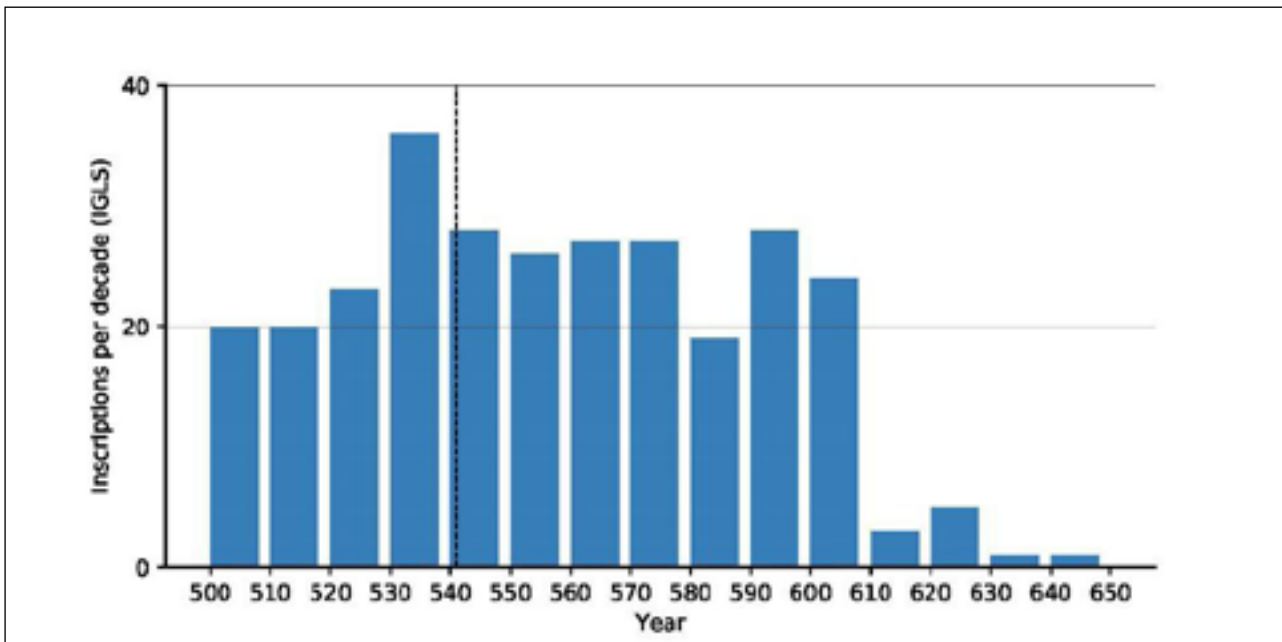


Fig 1. Precisely-dated (annual precision) inscriptions in the IGLS (*Inscriptions grecques et latines de la Syrie*) collection per decade, 500-650 CE. The drop in the early seventh century is the result of the Persian invasion of Syria. The vertical dashed line corresponds to the first outbreak of plague in 541 CE.

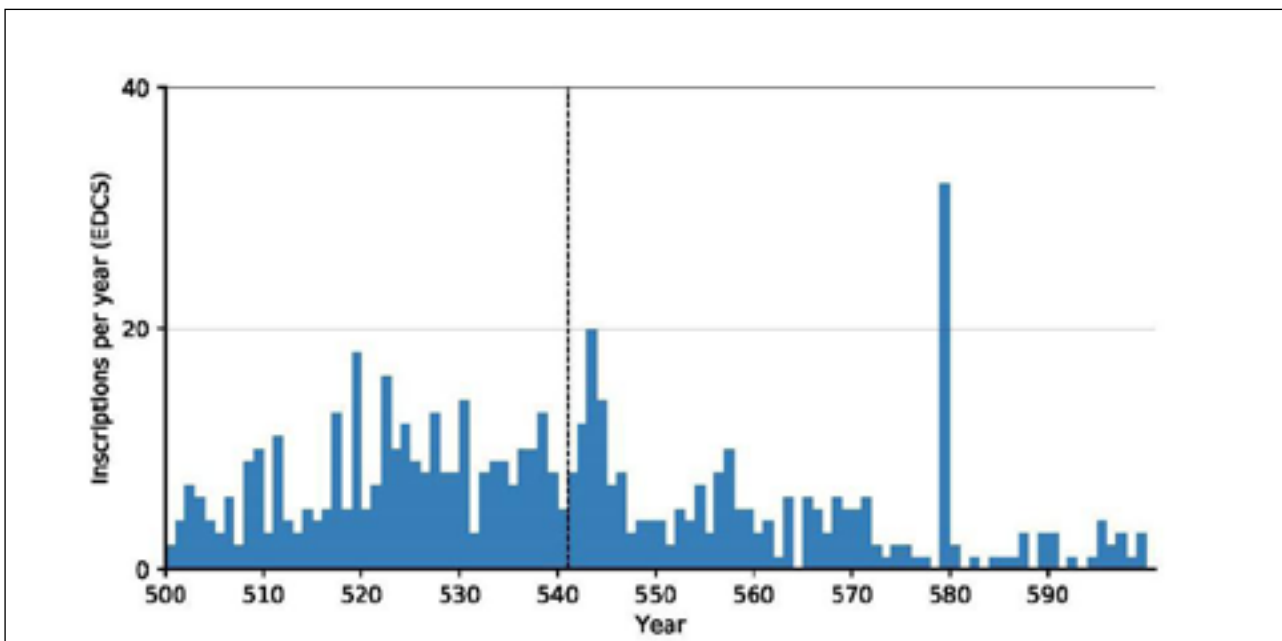


Fig. 2. Precisely-dated (annual precision) inscriptions in the EDCS (*Epigraphik-Datenbank Clauss-Slaby*) collection per year, 500-600 CE. Note the outlier in 579.

PAPYRI

We conducted a similar quantitative analysis on papyri from Egypt. Although many thousands of papyri are broadly dated to the sixth century, we decided to focus again only on those papyri that we could date to specific years. In this case, unlike the inscription

analysis, we used a single centralized papyri database.⁴ Again, we hypothesized that if plague caused the deaths of a quarter to half the population the demographic catastrophe would be reflected in a sharp and visible reduction in the amount of papyri produced. We reasoned that less people would require less papyri (i.e. write less letters, pay less taxes, conduct less contracts, etc.), which would also reflect a decrease in economic activity. Our quantitative analysis of the hundreds of papyri dated to specific years in the sixth century in the graph below reveals that in this source as well there was no immediate visible effect. A supplementary finding was that the corpus of 6th century papyri did not include any known reference to plague. Both findings were surprising as according to the literary sources plague decimated Egypt as it began spreading around the Mediterranean. The discrepancy between the documentary sources and the catastrophic descriptions in the literary sources suggests that perhaps the literary sources exaggerated the effects of plague.

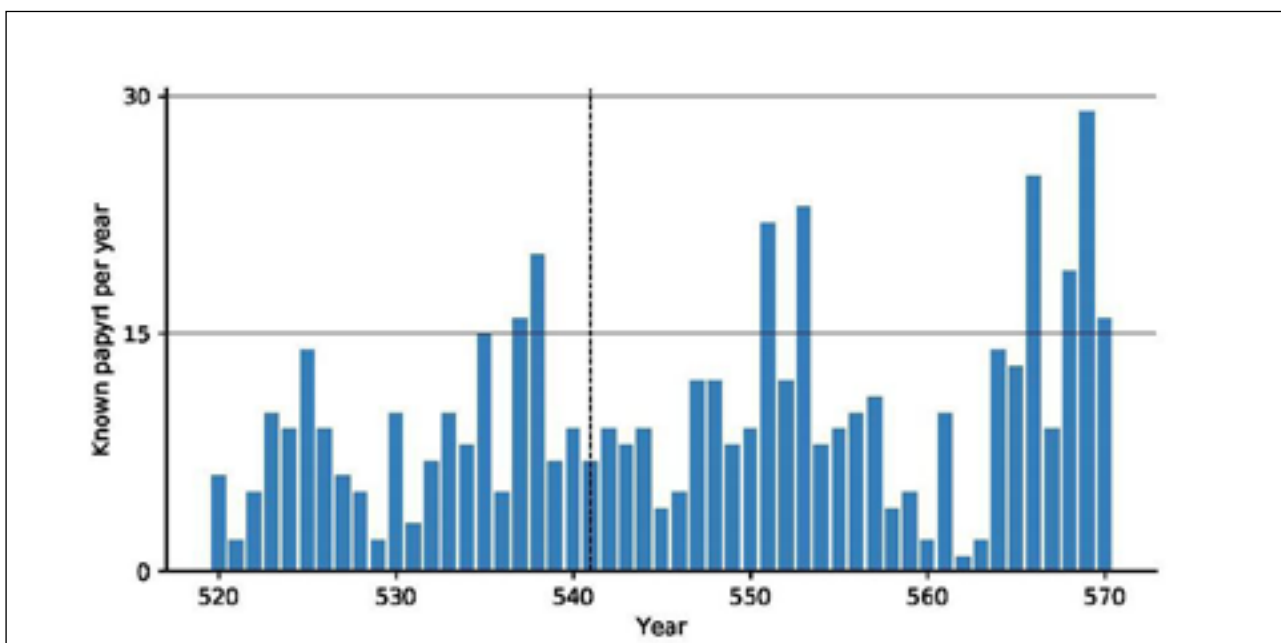


Fig. 3. Precisely-dated papyri per year from the papyri.info database, 520-570 CE.

A subset of the papyri was part of the archives of the Apions, a family of wealthy landowners in Egypt.⁵ Other scholars have described this archive as the best documented

⁴ <http://papyri.info/>

⁵ J. BANAJI, *Rural Communities in the Late Empire—Economic and Monetary Aspects*, PhD thesis, Oxford 1992; R. MAZZA, *L'Archivio degli Apioni: Terra, Lavoro e Proprietà Senatoria nell'Egitto Tardoantico*, Bari 2001.

economic institution in late antiquity, and it has featured prominently in research of the period. Our quantitative method was similar: we placed all the remaining precisely-dated papyri on a graph but again found no effect that could be attributed to plague. Moreover, an earlier study of the documents themselves had revealed that during the onset and first few decades of plague in the mid and late 6th century the Apions did very well economically – in fact, their revenue increased by about 30% between the 540s and 580s. Both these finds cast further doubt on the argument that plague caused a demographic collapse in sixth century Egypt.

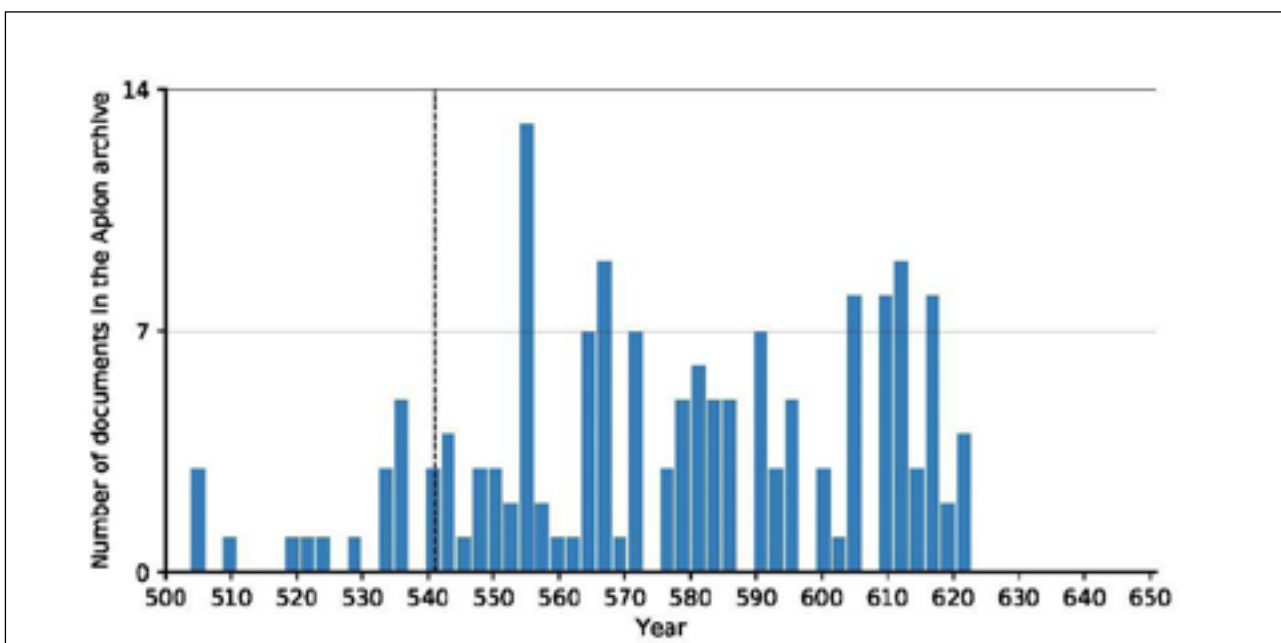


Fig. 4. Precisely-dated documents in the Apion archive, 500-650.

COINS

Coin finds are frequently associated with the premodern economy in scholarship. Although much previous research has challenged the relation between numismatic finds and «the economy» in general, we decided to examine changes in coin circulation over time as a supporting measure that might reinforce (or weaken) the general trend we identified in other measures, but is not enough in itself. Our quantitative analysis examined the numbers of coins produced in specific years in the sixth century. To reduce the biases in our approach, we focused on the excavated finds from two important cities in the Levant that have been

published in detail: Antioch and Beirut.⁶ As usual, we analyzed only the coins that could be dated to a specific year and placed them all on a graph. We hypothesized that massive mortality in the Levant and both cities would result in an economic contraction of sorts, as the mortality would have likely disrupted social institutions and trade links (e.g. those connecting imperial mints to Beirut). This economic contraction would be reflected in a reduction in the number of coins dated to the years after 541 found in the excavations. Here as well, however, the numismatic evidence did not preserve any signal that 541/2 resulted in an economic downturn and or somehow unusual compared to other years in the period.

LAND USE

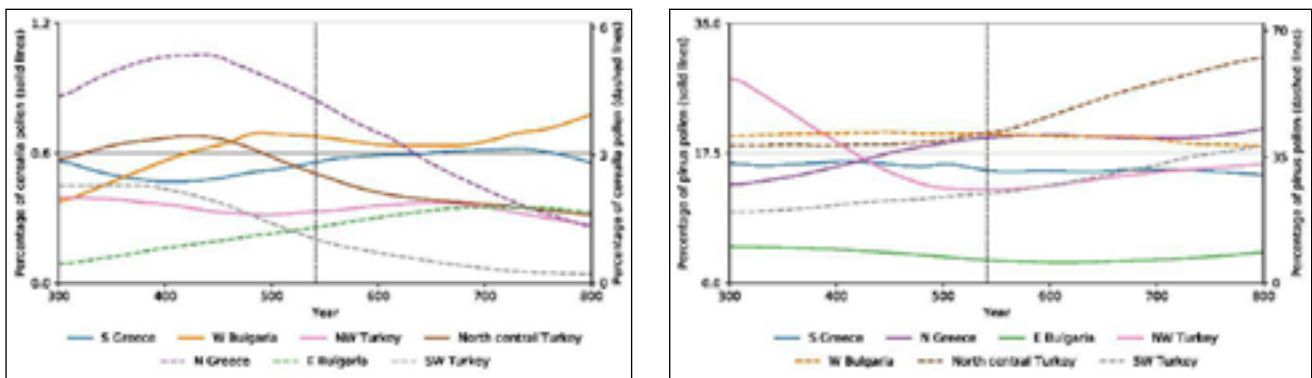
Although economic analyses would ideally consider society as a whole, broad segments of late antique society remain invisible in the analyses above. In an attempt to uncover more details about non-elites, we examined changes in contemporary patterns of land use through pollen deposits in lakebed sediments. Although this scientific methodology is not new, it has been used increasingly in historical studies over the past decade. To examine the pollen, researchers extract a sediment core from certain lakes. Since the sediments that contain the pollen are deposited on top of each other, the vertical core preserves layers of pollen between the sediments. By processing and analyzing the sediments and the pollen within, scientists can reconstruct the vegetation around the lake at different points in the past.

Earlier applications of this methodology have been used in the context of Black Death research. In several studies across Europe, researchers found that the onset of the Black Death in the 14th century was followed by a reduction in cereal (e.g. wheat) pollen, and an increase in pine pollen. The standard explanation for both phenomena tied them to the

⁶ D.B. WAAGE, *Antioch-on-the-Orontes IV, pt. 2: Greek, Roman, Byzantine and Crusaders' coins*, Princeton 1952; G. ABOU DIWAN, «Base-metal coinage circulation in Byzantine Beirut 491-641 CE», *American Journal of Numismatics* 30 (2018) 163–218.

Black Death. The demographic decline associated with the Black Death meant that fewer people survived, so in total society required less food and therefore cultivated less cereals – resulting in less cereal pollen in the air. Pine, a fast-growing species, was quick to colonize the fields that were now abandoned, a process that explains the increased ratio of pine pollen found in the sediments.

We hypothesized that if plague had a major demographic effect, we would see similar changes in land use reflected in the pollen. We examined pollen from a couple dozen sites in the northeast Mediterranean (present-day Turkey, Greece and Bulgaria), focusing on the cereal and pine pollen and looking for some shift that could be associated with the mid-sixth century (pollen studies are imprecise in essence and can be off by 50 or up to 100 years). As the image below reveals, in both types of pollen we could not identify any major change we could attribute to plague. We interpreted this finding to suggest that there was no widespread abandonment of agricultural lands in the areas we studied, which in turn implied that there was no major demographic decline associated with plague.



Figs. 5-6. Trends in cereal (left) and pine (right) pollen in the north eastern Mediterranean, 300-800 CE.

CONCLUSION

Although some of the measures discussed above are more robust than others, none of them is conclusive in itself. In fact, it is possible to come up with multiple alternative explanations for the absence of a visible «plague effect» in each of these measures. Yet our analysis, backed by careful reading of the sources as well as additional analyses examined in our

published papers, concluded that the fact that all measures pointed at the same direction was enough to cast major doubts over the hypothesized cataclysmic effects of the JP. Based on these findings, it appears that the JP's demographic and economic effects –at least– were inconsequential. While the JP could (and likely did) have visible demographic and economic effects in specific locations such as Constantinople, these were local rather than empire-wide effects.

And how does the JP compare with our current pandemic? Although making predictions about the future is hardly the historian's purview, it might be valuable to risk a few guesstimates. So far the demographic effects of COVID-19 are extremely low relative to population size (0.003% of the world's population), far below the standard claims for the JP. Economic effects are more difficult to compare because of the different resolutions –for the JP we have analyzed the annual and decadal scales, while for COVID-19 it is far too early to tell as only a few months passed since its first known outbreak. Yet if the earlier demographic estimates are any indication, some careful optimism might be warranted: doom and gloom predictions of mass mortality worldwide have so far turned out to be far lower than originally estimated. Hopefully the same would be true with at least some of COVID-19's economic effects as countries around the world make efforts to restart their economies and return to their pre-COVID-19 standards. A third point of comparison between both pandemics might look at how both state and society reacted to it. In both 541/2 and 2020, it is clear that individuals suffered physically, economically and socially. Yet at the same time, it also appears –for now at least– that despite how the crisis may have seemed in its worst days (assuming those have passed!), states and societies in both cases neither collapsed nor drastically changed their nature. The pre-pandemic situation in both cases, regardless of its many faults, was more resilient than expected.

L'impact de la maladie dans un monde en crise. Le cas de Byzance au temps de la peste noire

Raúl Estangüi Gómez
Université Paris I Panthéon-Sorbonne
raul.estangui-gomez@univ-paris1.fr

L'irruption de la pandémie de la Covid-19 a conduit la plupart des États de la planète à prendre des mesures de confinement inédites qui ont provoqué un effondrement de la croissance économique et vont entraîner la destruction de millions de postes de travail et la fermeture de nombreuses sociétés et entreprises. Les conséquences économiques des actions dirigées à arrêter l'expansion de la maladie se reflètent dans l'effondrement des Produits Intérieurs Bruts de tous les pays et l'augmentation des chiffres du chômage. Le monde s'enfonce ainsi dans une crise de proportions, au moment où j'écris, encore inconnues, mais qui va probablement accentuer les déséquilibres d'un système chancelant, dont les premières faiblesses s'étaient déjà révélées au grand jour durant les deux premières décennies du XXI^e siècle: un modèle économique qui provoque des fortes inégalités et s'avère incompatible avec l'équilibre écologique de la planète.

Même s'il faut éviter une conception cyclique de l'Histoire, il convient de constater l'existence d'une certaine corrélation entre l'irruption des grandes pandémies, des changements climatiques et l'épuisement des modèles économiques. Ce fut le cas de la grande épidémie qui frappa le monde romain à partir du VI^e siècle, connue comme la «peste de Justinien»: elle coïncide avec une dégradation climatique et des transformations profondes dans les modes de production et de redistribution de la richesse. À l'autre bout du Moyen Âge, une autre pandémie vint également amplifier les circonstances d'une crise économique aigüe et du changement climatologique que connaissait le monde méditerranéen et l'ensemble du continent européen dès la première moitié du XIV^e siècle.

Cette maladie, la Peste noire, était provoquée par la même bactérie que la maladie du vie, nommée *Yersinia Pestis*, dont la propagation à travers de populations de grandes gerbilles et de puces aurait été favorisée par des transformations dans le climat en Asie centrale. Ces variations climatologiques, accompagnées également d'une dégradation météorologique, correspondent à la période connue comme «Petite âge glaciaire», attestée pour une grande partie de la planète durant la période entre la fin du XIII^e et le XIX^e siècle.

L'arrivée de la peste à Byzance et sa propagation dans l'ensemble du bassin méditerranéen ont lieu à la fin des années 1340, dans un contexte de crise générale: le modèle de croissance économique qui avait débuté aux IX^e-X^e siècles montrait signes clairs d'épuisement. La mise en culture de terres moins productives ou d'accès plus difficile, ainsi qu'un essor démographique sans précédents, avaient entraîné une baisse des rendements agricoles et une augmentation des prix du marché provoquant en particulier un appauvrissement de la paysannerie et des transformations dans le mode d'exploitation de la terre (concentration de biens entre les mains des puissants, mise en culture à travers un système de métayage, etc). Outre les conséquences économiques, ces changements suscitaient des tensions sociales et politiques, en raison fondamentalement d'une polarisation accrue de la société et d'une forte compétition au sein du groupe aristocratique motivée par la baisse des revenus agraires. À ces processus, il faut ajouter une baisse de la température globale (d'entre 1 ou 2 degrés) et de nombreuses intempéries, qui ont ruiné les récoltes et augmenté le taux de mortalité dans la population.

L'irruption de la peste et ses retours successifs en Europe et dans le bassin méditerranéen ne sont donc à l'origine d'aucune crise économique ni de l'ébranlement des structures socio-économiques, dont les causes étaient multiples et plus profondes. Toutefois, l'épidémie en amplifia considérablement les effets.

Le monde byzantin est concerné par ces mêmes processus, par un fort ralentissement de la croissance économique et par un contexte de crispation sociale. Durant la première

moitié du XIV^e siècle, Byzance connaît plusieurs conflits internes et est, en plus, menacé par de nombreux ennemis qui s'emparent d'une partie importante de son territoire (Ottomans, Serbes et Bulgares principalement).¹ C'est sur un État déjà fortement affaibli que la peste frappe de plein fouet dès 1347.

Le fait que la maladie vienne se «greffer» aux autres fléaux qui ravageaient l'empire à l'époque rend difficile pour l'historien d'évaluer l'impact réel de l'épidémie. Dans ses études sur la société villageoise et l'occupation du sol en Macédoine, Jacques Lefort a constaté une réduction démographique dans certains villages de cette région durant la première moitié du XIV^e siècle.² Cet abaissement n'est pas généralisé et n'implique pas une réduction significative du nombre d'habitants, mais témoigne des troubles et des difficultés par lesquelles commence à traverser la population paysanne à l'époque. Selon Lefort, ces diminutions ponctuelles du nombre d'habitants doivent s'expliquer surtout par des troubles militaires, en particulier par le passage de la Compagnie Catalane en Chalcidique en 1307, qui se traduisaient par des pillages et des actes meurtriers contre la population. Outre les Catalans, les incursions de Serbes et de Coumans, installés au nord des frontières byzantines, sont bien attestées par les sources de la période.

À partir du milieu du XIV^e siècle, les tendances sont plus claires et l'on constate une baisse plus nette de la population et surtout la disparition de villages entiers. Les sources se réfèrent souvent à des *palaiochôria*, que les spécialistes ont traduit par «village abandonné». Pour ces auteurs, parmi lesquels Jacques Lefort, la désertion d'un grand nombre de hameaux et de villages doit s'expliquer principalement par l'irruption de la Peste Noire. Il est néanmoins important d'apporter une nuance fondamentale à ce raisonnement, car il n'est pas certain que le terme *palaiochôrion* désigne un lieu déserté. Plusieurs documents

¹ Je rappelle simplement qu'au cours de la première moitié du XIV^e siècle, Byzance connaît deux guerres civiles (de 1321 à 1328, puis de 1341 à 1357) aux conséquences très lourdes.

² Ces travaux sont réunis dans J. LEFORT, *Société rurale et histoire du paysage à Byzance (Bilans de recherche 1)*, Paris 2006.

fiscaux de la seconde moitié du XIV^e et de la première moitié du XV^e siècle parlent des hommes (*anthrôpoi*) habitant dans des *palaiochôria*. Ces hommes sont parfois qualifiés de *proskathéménoi*, terme technique qui désigne des paysans exploitant un grand domaine sous des formes proches au métayage ou au salariat agricole; ce terme se réfère donc à un type de paysan dont le statut est très éloigné de celui de parèque, beaucoup plus avantageux.³

Au lieu de traduire la désertion d'un village, le terme *palaiochôrion* se réfère à une grande exploitation et signale le changement de situation juridique d'une communauté paysanne et de ses membres, qui de villageois deviennent ouvriers agricoles travaillant dans les terres d'un grand propriétaire. J'aimerais souligner que la condition de villageois accordait aux paysans des conditions juridiques et fiscales très favorables, comme la possibilité d'agir en justice de manière collective ou la gestion communale d'un ensemble de terres appartenant au village (par exemple la gestion de l'eau ou l'exploitation des terres incultes).⁴ Le passage au statut d'ouvrier agricole, ou *proskathéménos*, reflétait par conséquence une notable dégradation de la condition d'un certain nombre de paysans. Cette dégradation était liée à la crise qui avait débuté à la fin du XIII^e siècle et qui avait entraîné un fort appauvrissement de la paysannerie. La peste avait eu, certes, sa part de responsabilité dans ce processus, mais elle venait s'ajouter à une longue série de troubles, économiques, politiques et météorologiques, qui avaient fortement aggravé la situation d'une paysannerie, déjà très appauvrie par la pression démographique et la réduction des rendements agricoles.

³ Sur la question des *palaiochôria* et des *proskathéménoi*, voir R. ESTANGÜI GÓMEZ, *Byzance face aux Ottomans. Exercice du pouvoir et contrôle du territoire sous les derniers Paléologues (milieu XIV^e-milieu XV^e siècle)* (*Byzantina Sorbonensia* 28), Paris 2014, 469-484. Sur le statut de parèque, voir l'article fondamental de J. LEFORT, «L'économie rurale à Byzance (VII^e-XI^e siècle)», dans J. Lefort, *Société rural* (*op. cit.* n. 2), article XVIII, et plus récemment R. ESTANGÜI GÓMEZ, «Richesses et propriété paysannes à Byzance (XI^e-XIV^e siècle)», dans O. Delouis, S. Métivier & P. Pagès (eds.), *Le saint, le moine et le paysan. Mélanges d'histoire byzantine offerts à Michel Kaplan* (*Byzantina Sorbonensia* 29), Paris 2016, 171-212.

⁴ Sur les communautés villageoises, voir l'ouvrage classique de M. KAPLAN, *Les hommes et la terre à Byzance du vie au xie siècle: propriété et exploitation du sol* (*Byzantina Sorbonensia* 10), Paris 1992 et la dernière mise à jour dans R. ESTANGÜI GÓMEZ & M. KAPLAN, «La société rurale au XI^e siècle: une réévaluation», dans B. Flusin & J.-C. Cheynet (eds.), *Autour du Premier humanisme byzantin et des Cinq études sur le XI^e siècle, quarante ans après Paul Lemerle* (*Travaux et Mémoires* 21/2), Paris 2017, 531-560.

Nous possédons certains témoignages qui suggèrent les effets du passage de la peste dans le monde rural, à l'Athos, dans l'île de Lemnos, en Morée ou en Crète. Toutefois, il s'agit des allusions vagues et peu sûres.⁵ L'essentiel de la documentation que nous avons conservée pour étudier la situation des campagnes, fondamentalement des sources fiscales ou des actes d'achat, vente ou donation de biens fonciers, ne nous permet pas de dresser un tableau précis de l'impact de l'épidémie en dehors des grandes villes, dans lesquelles l'on sait qu'elle emporta un grand nombre de vies. Les transformations démographiques et le changement dans le mode d'occupation et d'exploitation du sol pouvaient être liés, on l'a vu, à des processus divers, comme par exemple un nouveau mode d'organisation de la production: c'était le cas des *palaiochôria*, qui désignent des grands domaines, là où autrefois il y avait une structure villageoise. Mais cela ne dit rien sur la démographie.

La documentation d'archives parle aussi de nombreuses tenures tombées en déshérence et de l'abandon de certains biens dans le troisième quart du XIV^e siècle. On pourrait y voir les effets de la maladie, mais d'autres raisons peuvent être évoquées: attaques ennemies (notamment de la piraterie dans le cas des îles et des régions côtières), intempéries ou simplement abandon pour des raisons économiques (rappelons le processus de fort appauvrissement de la paysannerie à l'époque).

Le problème d'accorder une importance trop significative à l'impact de l'épidémie sur la situation démographique des campagnes byzantines à l'époque peut nous empêcher de saisir la nature réelle de la crise et de sous-estimer d'autres phénomènes. Même si l'on constate un abaissement démographique sur l'ensemble des territoires de l'empire, les transformations que l'on peut observer dans le peuplement villageois et dans les modes d'exploitation et occupation du sol traduisent des processus qui vont bien au-delà de la simple contraction du nombre d'habitants. Par exemple, la désertion d'un village ou d'un

⁵ Pour un répertoire des ces témoignages, voir M.-H. CONGOURDEAU, «Pour une étude de la Peste noire à Byzance», dans *Eupsychia. Mélanges offerts à Hélène Ahrweiler (Byzantina Sorbonensia 16)*, Paris 1998, 149-163.

lieu d'habitation peut, certes, être liée à la disparition de ses habitants, mais le plus souvent est due à une situation d'instabilité politique; les paysans cherchent refuge dans des endroits fortifiés et éloignés de la côte.

Par conséquent, même si l'on peut supposer un taux de mortalité élevé provoqué par la peste, il est très difficile d'en évaluer la portée. Quoi qu'il en fût sa sévérité dans les différents territoires soumis à l'autorité byzantine, il est important, me semble-t-il, de souligner que la peste par elle-seule n'a pas été la cause des profondes transformations par lesquelles traverse le monde méditerranéen au XIV^e siècle. Elle est venue achever un processus complexe, qui avait débuté à la fin du XIII^e et entraîné des transformations profondes dans le mode d'exploitation du sol et dans l'habitat, constatant la fin d'un long cycle économique. La peste est venue frapper une société affaiblie par la crise, les troubles politiques et les conflits sociaux, contribuant à dégrader davantage sa situation.

Même pour les contemporains la peste n'était que l'une des «maladies» qui affligeait l'État et elle n'était sans doute pas la plus grave. Il est d'ailleurs fréquent de retrouver des «métaphores médicales» dans le discours politique: les agents de l'empereur étaient comparés à des grands médecins de l'Antiquité, comme Hippocrate ou Asclépios, capables de guérir le corps malade de l'Empire. La maladie se présentait sous de nombreux visages: les attaques des pirates, des Turcs ottomans, des Serbes, les catastrophes naturelles comme par exemple le nombreux tremblements de terres qui secouent la région de la Propontide au milieu du XIV^e siècle, etc. Et les remèdes allaient de la réfection des fortifications à la redistribution de terres pour leur remise en état.⁶

Au-delà de son impact démographique, la peste revêt aussi (et surtout) une dimension politique: elle justifie l'action de l'État et autorise un élargissement de ses compétences.

⁶ Sur cette question, voir R. ESTANGÜI GÓMEZ, *Byzance face aux Ottomans* (*op. cit.* n. 3), 143-144. Dans une lettre de 1365, Dèmètrios Kydônès, à l'époque principal conseiller de l'empereur Jean V, qualifie une attaque serbe contre Thessalonique de «grave maladie» et compare le gouverneur byzantin de cette ville, son ami Géorgios Synadènos Astras, à «un Asclépios pour les maladies des villes». Durant sa carrière, Astras avait entrepris la fortification et restauration de l'appareil défensif de plusieurs villes et territoires de l'Empire, comme Constantinople, Ainos ou l'île de Lemnos.

Comparés aux grands médecins de l'Antiquité, les représentants de l'empereur dans les provinces étaient autorisés à prendre des mesures inédites en vue du «bien commun», de la «santé de tous»: la saisie de biens fonciers, l'augmentation de la pression fiscale ou le recours à des corvées exceptionnelles. L'État byzantin réagit face à l'ampleur des malheurs qui frappaient la société, prenant des mesures inédites et renforçant sa capacité d'action, souvent au détriment des intérêts «individuels».

L'irruption de la peste à Byzance eut sans doute des effets dévastateurs sur sa population: nos témoignages les plus explicites rapportent la forte mortalité dans les grandes villes comme Constantinople. Il se peut que son impact ait atteint les proportions d'autres régions de la Méditerranée, où elle emporte plus d'un tiers de la population. Toutefois, la documentation que nous avons conservée pour le reste du territoire ne permet pas de l'affirmer. Elle contient peu de détails sur l'évolution démographique des campagnes et sur les causes de la mortalité de leurs populations. En revanche, les transformations profondes dans le mode d'exploitation de la terre, dans l'occupation de l'habitat rural et dans la distribution de la richesse montrent l'intensité des changements qui s'opèrent à l'époque dans le monde byzantin en raison d'un complexe processus de crise et de changement du modèle économique, dont la peste n'en est que l'un des aspects. Dans ce monde nouveau, l'État parvient à jouer un rôle fondamental, consolidant les tendances d'affermissement des structures étatiques apparues lors des décennies précédentes et renforçant la capacité du souverain et des institutions pour encadrer la société et les activités économiques.

Il est certainement encore tôt pour tirer des conséquences de la crise actuelle du Covid-19, mais il est difficile de ne pas faire déjà certains rapprochements compte tenu de la crise économique majeure qui se profile et du rôle accordé aux États dans la gestion de la crise. Seul le temps dira si nous face à un épisode ponctuel ou à un véritable changement d'époque.

Chrétiens de Byzance au défi de la Peste noire*

Marie-Hélène Congourdeau
 Centre National de la Recherche Scientifique
 mhcongourdeau@college-de-france.fr

Septembre 1347. L'impératrice Irène revient de Didymotique où elle a tenté de raisonner son fils Matthieu, furieux des arrangements entre son père Jean VI Cantacuzène et Jean V Paléologue, son rival. De retour à Constantinople, elle trouve son plus jeune fils de 13 ans, Andronic, «mort de l'épidémie qui avait fondu sur la ville». C'est à ce moment de son récit que Cantacuzène, dans ses *Histoires*, insère la description de la peste qui, en provenance du comptoir génois de Caffa, sur la mer Noire, s'est abattue sur Constantinople:

Le mal était si invincible qu'aucun traitement, aucune robustesse physique ne pouvait lui résister. Car la maladie saisissait de la même façon tous les organismes, les plus vigoureux comme les plus débiles, et ceux qui étaient le mieux soignés mouraient de la même façon que ceux qu'on négligeait. ... Aucun art des médecins n'était efficace, et le mal n'était pas le même chez tous: les uns mouraient tout de suite sans avoir résisté une seule journée, et d'autres pas même une heure ... Le remède qui était bénéfique à l'un s'avérait un poison mortel pour un autre qui souffrait du même mal. Tel attrapait la maladie à cause du remède qui guérissait tel autre, et le plus souvent c'est la mort qui en résultait. Beaucoup de maisons se trouvèrent vidées de leurs habitants, et les bêtes aussi mouraient comme leurs maîtres.

* Plusieurs éléments de cette étude se trouvent, de façon plus détaillée, dans mes articles: «La société byzantine face aux grandes pandémies» dans É. Patlagean (éd.), *Maladie et société à Byzance*, Spoleto 1994, 21-42; «La peste noire à Constantinople de 1348 à 1466», *Medicina nei secoli* 11/2 (1999) 377-390 ; «La peste à Byzance. État des lieux», dans F. Clément (éd.), *Épidémies, épizooties. Des représentations anciennes aux approches actuelles*, Rennes 2017, 83-92.

Le désespoir était effrayant. Car lorsque quelqu'un s'apercevait qu'il était atteint, il n'avait plus aucun espoir de salut, si bien que les gens s'abandonnaient au découragement, se laissaient aller et mouraient sans tarder, car la maladie trouvait en leur désespoir un puissant allié. ... Beaucoup moururent alors de cette maladie à Constantinople, y compris Andronic, le fils de l'empereur, qui fut atteint et mourut en trois jours.¹

Cette maladie impitoyable et brutale, apparue soudainement et qui laisse la raison humaine désemparée, a provoqué un traumatisme dont les traces sont durables dans les dernières décennies de l'empire. Constantinople est frappée en 1347, 1361, 1379, 1391, 1417, 1466 ; Thessalonique en 1364, 1371, 1376, pour n'évoquer que les deux plus grandes villes.

Il convient de sonder la profondeur de ce traumatisme avant de voir comment l'Église byzantine a réagi dans l'urgence, puis tenté de donner un sens à cette épreuve.

1. LE TRAUMATISME

L'horreur

L'irruption de la peste, qu'on n'avait pas connue depuis des siècles et que l'on n'a sans doute pas reconnue, peut expliquer la stupeur décrite par Cantacuzène. Mais ses retours périodiques (ses «vagues» successives) provoquent des récits semblables: les Byzantins ne s'habituent pas à l'horreur.

Au fil des récits, on peut repérer des éléments de ce traumatisme que les psychiatres d'aujourd'hui qualifieraient sans doute de sidération. La survenue brutale de l'épidémie, sa propagation fulgurante et l'ampleur des décès terrifient les témoins: les maisons sont vidées de leurs habitants (Cantacuzène, Glabas), des villes se retrouvent dépeuplées (Kritoboulos), la maladie emporte tous les âges, commençant parfois par «la fleur de la jeunesse» quand un retour de peste frappe d'abord ceux qui n'étaient pas immunisés (Glabas). En conséquence,

¹ Cantacuzène IV.8.

on croise à chaque instant des cortèges funèbres (Glabas), souvent même les fossoyeurs manquent, soit qu'ils aient eux-mêmes succombé, soit qu'ils renoncent à leur office par peur de contracter le mal (Kritoboulos); de nombreux corps aboutissent ainsi dans des fosses communes, sans même que des prêtres épuisés aient eu la force d'accomplir les rites funèbres (Kritoboulos).

Ce mal que n'arrête ni jeunesse, ni vigueur, ni traitement médical (Cantacuzène), et qui peut s'attarder des mois durant dans une ville (Glabas), défie la raison. La maladie a un comportement erratique: on meurt en quelques jours, ou bien en quelques heures; le même traitement médical guérit l'un et tue l'autre (Cantacuzène), si bien que les médecins sont désarmés. Si ces derniers persistent à penser que la peste vient d'un air corrompu, les hommes confrontés à la maladie ont vite assimilé la notion de contagion; en conséquence, la désorganisation sociale causée par le nombre de morts est accrue par la peur de contracter le mal: les gens se fuient (Kydonès, Grégoras, Kritoboulos);² ils n'osent pas même ensevelir leurs parents et se claquemurent chez eux, au risque de mourir seuls et ignorés (Kritoboulos).

Conséquence de ces expériences: le découragement s'étend, certains se laissent mourir (Cantacuzène), le désespoir se propage, la foi est mise au défi: ou Dieu est impuissant, ou il est cruel, ou il s'en moque; la Providence est un leurre car tout arrive «par hasard» (Kritoboulos).

Un intellectuel aux prises avec la peste: Dèmétrios Kydonès

Un homme va nous permettre de suivre au plus près le retentissement psychologique d'un affrontement récurrent à l'épidémie: Dèmétrios Kydonès, dont la correspondance est ponctuée de lettres écrites «en temps de peste». Kydonès est un homme politique et un philosophe; peu de temps après l'arrivée de la peste, il entreprendra de traduire en grec les œuvres de Thomas d'Aquin. C'est donc un esprit rationnel, dont on pourrait attendre

² Kydonès, ep. 88L/21T (1347-1348).

détachement, hauteur de vue et réflexion. Or, dès qu'il s'agit de la peste, c'est l'émotion qui l'emporte. Il faut dire que l'épidémie lui ravira deux sœurs et nombre d'amis. Nous ne donnerons que quelques exemples de lettres envoyées par lui de Constantinople à des amis hors de la ville.

1347-1348 (lettre à un moine)

Chaque jour nous avons pour labeur d'accompagner nos amis à la tombe... Les hommes se fuient, par peur de contracter la maladie, de sorte que le père ne porte plus en terre ses enfants, et il ne reçoit plus d'eux les honneurs funèbres requis.³

1361 (lettre à Constantin Asanès, dans une île non spécifiée)

Ici (à Constantinople), ce ne sont pas des vents violents qui ont englouti la Cité, mais c'est une autre vague qui la submerge, une vague qui surpasse tout art et tout savoir-faire. ... Les survivants ne semblent pas suffire pour emporter les morts. Chaque jour le mal s'étend, on a perdu l'espoir de le voir s'arrêter un jour, et la ville... est devenue une fosse commune. Dans ces conditions, je tremble pour moi-même en voyant acheminés vers la tombe ceux qui se pressaient ici chaque jour.⁴

1362 (à Georges le Philosophe, à Rhodes ou dans le Péloponnèse)

Quant à moi, soit que j'aie attrapé la peste moi aussi, soit que je ne supporte plus de voir chaque jour mes amis et mes parents menés à la tombe, j'ai l'impression que si j'ai été exempté de mourir en même temps que les autres, c'est pour souffrir plusieurs fois, en pleurant sur la mort de mes amis et sur ma propre mort... Cette année je n'ai pas cessé d'avoir constamment la tête ballottée par des vertiges, mon cœur bat à me

³ *Ibid.*

⁴ Kydonès, ep. 109L47T (1361).

*rompre la poitrine, comme s'il voulait bondir hors d'elle. Ma respiration s'interrompt comme celle des noyés, j'ai des insomnies incessantes et je ne suis pas loin de perdre la raison. Il en est de même pour tous les survivants.*⁵

Il y a donc le temps du choc, et il semble que la seconde vague épidémique, une douzaine d'années après la première, l'ébranla plus encore, peut-être parce qu'elle emporta ses sœurs. Puis vient le temps de la réflexion, pour un homme impliqué dans les querelles théologiques de son temps. D'où est venue cette épidémie? Les explications pullulent, depuis les interprétations «naturalistes» inspirées par les médecins de tradition hippocratique, jusqu'aux spéculations astrologiques ou fatalistes. Kydonès, qui passe pour un innovateur en matière de théologie (il est passé à l'Église latine en 1357), se montre, en la circonstance, ancré dans la tradition patristique et byzantine. Poursuivons notre chemin dans sa correspondance.

1363 (à Georges Synadènos Astras, à Thessalonique)

*Estimant que les explications par l'air, la nourriture, la disposition des terrains, le Destin et autres délires sont de pures plaisanteries, toi tu sais bien quelle est l'origine de tout cela, et que ce que l'on prend pour des fléaux est en réalité une pierre de touche de la vertu et un jugement du vice; en conséquence, tu envoies promener tout cela et tu te réfugies auprès de l'unique médecin (le Christ), et c'est muni de ses remèdes que tu abordes la maladie. Quand je songe à cela, mon âme est aussitôt soulagée, et elle se prend à espérer que dans sa colère le bon maître se souviendra de sa miséricorde, que non seulement il gardera ta maison exempte de tout désagrément, mais qu'en raison de ta foi, il dissipera aussi les malheurs des autres.*⁶

⁵ Kydonès ep. 110L/50T (1362).

⁶ Kydonès, ep. 108L/55T (1363). Détail tragique: Georges Synadènos Astras devait mourir de la peste à Thessalonique peu de temps après.

1376 (à Tarchaneiôtès, à Thessalonique)

*Je souffre à cause de la peste, de mes amis qu'elle dévore, et de tous les malheurs qu'elle apporte à ta maison, mais je te propose de voir en tout cela une occasion de progrès. J'affirme que cette maladie peut t'apporter un gain plus grand que le préjudice... Si le seul souvenir de la mort a assagi beaucoup de gens, ... que ne pourrait faire la vue de ces enterrements d'amis, de ces enfants portés en terre, de ces lamentations des proches... ainsi que le souci de ne pas savoir si l'on vivra soi-même jusqu'au soir? ... Je suis sûr que tout cela peut briser le cœur le plus endurci, et que, méprisant comme risible tout ce dont on se préoccupe d'habitude, on poursuivra la seule chose solide et l'on cherchera ce qui, quand on l'a trouvé, tient lieu de tout le reste... Voyant tout cela, comment ne pas te conseiller avec confiance de t'adonner à la philosophie et à la vraie foi?*⁷

Le premier choc passé, les lamentations ont fait place à la réflexion. Mais cette réflexion se cantonne au champ spirituel. La recherche des causes médicales de l'épidémie (l'air corrompu ou le régime, selon la théorie hippocratique) ou philosophiques (le Destin) n'est pour lui que «délires» (*λήρους*), il ne trouve de réconfort que dans la foi. La peste vient bien de Dieu, non comme un châtiment, mais comme un encouragement à la conversion, qui changera la juste colère de Dieu en miséricorde. Ainsi, non seulement celui qui se fie en Dieu sera épargné, mais l'épreuve lui apportera un surcroît de sagesse. C'est l'interprétation classique du fléau (séisme, épidémie, désastre militaire) comme *παιδεία* (avertissement, correction), héritée des Pères de l'Église.

⁷ Kydonès, ep. 174L/171T.

2. L'ÉGLISE FACE AU FLÉAU

Supplier que ça s'arrête!

L'Église, justement. Les hommes d'Église sont aussi désemparés que les simples fidèles. Ils sont tout d'abord pris dans le cyclone qui balaie l'empire. Comme les médecins, ils doivent parer au plus pressé: assister les malades et les mourants, enterrer les morts selon les rites. Kritoboulos est le témoin du dévouement de certains d'entre eux, dans Constantinople ravagée par la peste en 1466:

Prêtres, clercs et évêques ne suffisaient pas pour les convois, les funérailles, les chants et prières d'adieu, ni pour ensevelir les morts, mais ils étaient exténués; en effet, il leur était impossible de tenir toute la journée sans manger et sans boire, en plein été. Si bien que les uns mouraient au bout de trois jours, d'autres au bout de quatre, d'autres encore au bout d'une semaine.⁸

Il ne suffit pas d'assister les victimes. Il faut aussi faire tout ce qui est humainement possible pour stopper la catastrophe. Et puisque tout est dans la main de Dieu, c'est à lui qu'il faut demander d'intervenir. On organise des prières publiques, des processions. Une homélie de Grégoire Palamas est «prononcée durant une procession (λιτῆρ), organisée à cause de la plaie mortelle, inaccoutumée et universelle, qui sévissait alors».⁹ C'est peut-être aussi à l'occasion d'une procession que le patriarche Nil Kerameus, vers 1380, prononce une Prière pour la cessation des fléaux, parmi lesquels la peste figure en bonne place.¹⁰

Les autres communautés ont d'ailleurs les mêmes réflexes. Lorsqu'en 1348 Ibn Battuta parvient à Damas, en pleine épidémie, il assiste à une procession au cours de laquelle les

⁸ Kritoboulos, V, 17.

⁹ Palamas, *Homélie* 39. A. Rigo estime qu'il n'est pas sûr qu'il s'agisse ici de la peste. Mais il s'agit bien d'une prière pour la cessation d'une épidémie: A. RIGO, «La canonizzazione di Gregorio Palama (1368) ed alcune altre questioni», *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici* 30 (1993) 155-202.

¹⁰ Nil Kerameus, *Prière pour la cessation de l'invasion barbare, de la guerre civile, de la famine et de la peste*, éd. J. Muller, *Byzantinische Analekten: Aus Handschriften der S. Markus Bibliothek zu Venedig*, Wien 1853, 356-359, n. 1.

musulmans portent le Coran, les juifs la Torah, et les chrétiens les évangiles;¹¹ de même à Chypre, en territoire franc, le légat Pierre Thomas organise en 1363 des processions et des messes pour la cessation de la peste.¹²

Quand le mal semble s'éloigner, on ne manque pas de rendre grâce: ainsi, le métropolitain Théophane de Nicée, vers la fin du 14^e siècle, prononce une *Prière d'action de grâce pour la libération de la peste et de la mort*, dans laquelle on apprend que les plus jeunes avaient été frappés les premiers (encore une histoire d'immunité, semble-t-il).¹³

Comprendre: d'où vient ce fléau?

Il est bon d'agir et de prier. Mais l'esprit de l'homme est ainsi fait qu'il a besoin aussi de comprendre. Comme les séismes, les tempêtes et les désastres militaires, l'épidémie est attribuée à la colère de Dieu. Il faut découvrir les motifs de cette colère pour l'apaiser.

Un réflexe banal est de chercher un bouc émissaire. En Occident, ce sont les juifs qu'on accuse d'être à l'origine de la peste. À Byzance cette accusation semble absente, mais les hérétiques peuvent tout aussi bien faire l'affaire: Nicéphore Grégoras, lors d'une entrevue avec l'impératrice Irène, lui explique que si son fils est mort, c'est parce que son époux Jean VI a validé les innovations théologiques de Grégoire Palamas.¹⁴ Mais la plupart du temps, on sent bien que le péché est collectif. Ainsi trouve-t-on cette repentance dans la bouche du patriarche Nil Kerameus:

*Nous nous sommes tous détournés, nous nous sommes tous corrompus ensemble, les prêtres comme le peuple, les anciens comme les jeunes, les gouvernants et les gouvernés, pratiquement toutes les familles et tous les âges; c'est pourquoi il ne nous est pas permis d'ouvrir la bouche, ni de lever les yeux vers le ciel et de t'invoquer, toi le seul Dieu, et d'implorer de toi l'arrêt des tourments qui nous accablent.*¹⁵

¹¹ Ibn Battuta, *Voyages et périples*, 458.

¹² G. HILL, *A History of Cyprus, II. The Frankish period, 1192-1432*, Cambridge 1948, 323, n. 2.

¹³ Théophane de Nicée, *Oratio eucharistica pro liberatione pestis*, PG 150, 352-356.

¹⁴ Grégoras, XVI, 5.

¹⁵ Nil Kerameus. Voir, dans l'Ancient Testament, la prière de Daniel (Dn 9).

Comment s'en débarrasser?

Ce schéma, qui remonte à l'Ancien Testament (le déluge ou le feu du ciel sur Sodome sont les grands archétypes) balaie les efforts de ceux qui voudraient donner à l'épidémie une explication plus rationnelle. Mais en un temps où la médecine, faute d'appréhender les bacilles et la contagion, ne peut être d'un grand secours, la colère de Dieu offre des voies de sortie: pour apaiser cette colère, on a le remède de la conversion. C'est ce que scandent les prédicateurs, et c'est aussi ce qu'ont très vite compris de simples fidèles. Revenons au récit de Cantacuzène pour 1347:

Cette espèce de maladie dépassait la raison; si bien qu'il apparaissait que ce n'était pas une maladie coutumière et adaptée à la nature humaine, mais quelque autre fléau, imposé par Dieu aux hommes pour leur assagissement. Et beaucoup, par suite de cette maladie, furent en effet assagis et devinrent meilleurs dans leur âme, non seulement ceux qui mouraient, mais tous ceux qui réchappaient de la maladie. Car ils se gardaient de tout vice pendant ce temps, et ils se souciaient de la vertu. Et beaucoup distribuèrent leurs biens aux pauvres avant même que la maladie ne leur tombe dessus. Et s'il arrivait qu'ils se sentissent atteints, nul n'était insensible au point de ne pas manifester son repentir pour ses péchés, et ne pas présenter au tribunal céleste quelque prétexte pour être sauvé par Dieu, à moins d'être totalement insensible et incurable en son âme.¹⁶

3. LE TEMPS DES THÉOLOGIENS

Sans doute faut-il du temps pour que la réflexion reprenne ses droits. Durant tout le 14^e siècle, dans l'urgence –une urgence récurrente, au fil des retours du cauchemar–, la réaction l'emporte sur la réponse, selon la distinction des psychologues modernes. Et la réaction de l'Église byzantine, c'est le retour des vieux réflexes hérités de l'Ancien Testament: l'épidémie est au mieux un avertissement (*παιδεία*), au pire un châtement (*κόλασις*). L'avertissement

¹⁶ Cantacuzène.

étant plutôt rude, l'image de Dieu est brouillée. La confession de foi héritée des conciles, qui évoque «le Père tout-puissant», s'en trouve bousculée: s'il est Père, pourquoi traiter ainsi ses enfants? s'il est tout-puissant, pourquoi ne peut-il les protéger?

En fin de compte, Dieu est-il à l'origine de la catastrophe? Interrogation primordiale parce que d'elle dépend l'image que l'on se fait de Dieu: dieu d'amour ou dieu pervers? En son temps, Basile de Césarée y avait répondu: Dieu n'est pas l'auteur des maux.¹⁷ La peste de Justinien l'a fait ressurgir, et le moine-médecin Anastase le Sinaïte, au début du 7^e siècle, en a affiné les termes: dans la survenue d'une épidémie, il s'est attaché à distinguer la part de la volonté divine et celle des causalités naturelles, étant entendu que ces dernières ont été créées par Dieu à l'origine?¹⁸

Cette question théologique revient en force au début du 15^e siècle, dans un monde byzantin en proie à divers fléaux, dont la Peste noire n'est pas le moindre. Laissant de côté le débat plus vaste sur la distinction entre prescience de Dieu, providence et liberté humaine, nous nous limiterons à ce qui concerne la peste.

En 1417, celle-ci vient encore de frapper Constantinople. Dans son monastère des Manges, Marc Eugenikos (futur métropolitain d'Éphèse) doit répondre à une question que lui pose un moine: la mort survient-elle pour des raisons naturelles ou la durée de la vie de chacun est-elle prédéterminée par Dieu? C'est dans ce cadre qu'il aborde la peste: si Dieu est juste, comment se fait-il que tel qui se dévoue pour soigner un malade contracte la peste et meurt? ou bien que tel meure, et que tel survive, si tous deux respirent le même air corrompu (on voit que l'incertitude des médecins sur l'origine de la peste, contagion ou miasmes, se répercute sur la théologie de la Providence). Marc, se référant explicitement à Anastase le Sinaïte, replace l'autonomie des causes naturelles dans une théologie de la

¹⁷ Basile de Césarée, *Quod deus non est auctor malorum*, PG 31, 329-353. Traduction française dans *Dieu et le mal selon Basile de Césarée, Grégoire de Nysse, Jean Chrysostome (Pères dans la foi, 69)*, Paris 1997.

¹⁸ Anastase le Sinaïte, *Qu.* 28.

création: Dieu, sauf cas exceptionnels, laisse agir les lois naturelles qu'il a créées.¹⁹ Il s'efforce ainsi de garder un équilibre entre la rationalité naturelle et la rationalité spirituelle.

Cinquante ans plus tard, la question fait l'objet d'un débat entre Théodore Agallianos et Georges-Gennadios Scholarios, tous deux anciens élèves de Marc. La peste vient encore de frapper Constantinople (1466), si cruellement cette fois que le cœur de la foi est atteint. Kritoboulos témoigne qu'à cette occasion désespoir et désolation dominaient les âmes, et la foi en la providence disparaissait entièrement des âmes; on pensait que tout advenait par hasard et fortuitement, car personne ne gouvernait les événements.²⁰

Nous n'entrerons pas dans les détails de cet échange théologique entre Agallianos et Scholarios. Esquissons-en simplement les grandes lignes, pour le sujet qui nous intéresse. Dans un Dialogue *Sur la Providence ... contre ceux qui pensent que s'ils fuient les lieux où soufflent des airs pestilentiels, ils seront sauvés, et que s'ils y demeurent et les respirent, ils trouveront la mort*, Agallianos met dans la bouche d'un contradicteur les deux assertions qu'il combat:²¹

Certains disent que c'est le hasard qui détermine que les uns meurent et d'autres non. (...) Selon moi, attraper ou non la maladie ne dépend pas de la conduite morale mais du tempérament physique.

Agallianos condamne ainsi à la fois les «blasphèmes» rapportés par Kritoboulos (tout est l'effet du hasard) et l'erreur «naturaliste» d'Anastase le Sinaïte (autonomie des causes naturelles), auxquels il oppose une vision que nous qualifierions de «fondamentaliste»: la peste est envoyée par Dieu pour punir les péchés des hommes; il est donc inutile de fuir un lieu où sévit la peste, car prétendre fuir la volonté de Dieu est non seulement une erreur mais un péché. En faisant de Dieu la cause directe de tout ce qui arrive sur la terre, il réfute la distinction établie par Anastase et Marc entre le plan naturel et le plan surnaturel.

¹⁹ Marc Eugenikos.

²⁰ Kritoboulos.

²¹ Agallianos.

Scholarios, pour sa part, est l'auteur de quatre traités sur la Providence et la prédétermination.²² Contrairement à Agallianos, il reconnaît l'existence d'une causalité naturelle, mais la causalité spirituelle lui est supérieure. Il y a donc non pas absorption de la causalité naturelle par la causalité spirituelle, comme chez Agallianos, mais subordination de l'une à l'autre. Dieu utilise les lois naturelles qu'il a créées (la corruption de l'air produit la peste) mais c'est lui qui décide que cette peste aura lieu, que tel mourra et que tel sera sauvé. À la liberté de l'homme, Scholarios laisse simplement la faculté de se convertir pour obtenir d'échapper au fléau (thème de la *παιδεία*, de l'avertissement divin). Dans la foulée, il dénie à Anastase le Sinaïte –que Marc Eugenikos qualifiait de *θεῖος πατήρ*– le titre de didascale.²³

La Peste noire aurait pu être l'occasion d'approfondir l'agencement entre l'autonomie des causes naturelles et la souveraineté divine; c'est cet agencement qu'avaient esquissé en leur temps Basile et Anastase, et qu'avait tenté de reprendre Marc Eugenikos. Mais la vague épidémique de 1466, dont la violence semble rivaliser avec celle de 1347, a largement entamé la foi; ce qui domine, ce n'est plus la stupéfaction née du choc initial, mais la désolation d'un retour perpétuel du fléau, qui montre l'inanité des moyens traditionnels (supplication et conversion): quoi que l'on fasse, Dieu reste sourd. Il faut dire qu'entre 1417 et 1466, une catastrophe plus décisive s'est produite: les Ottomans ont pris Constantinople, portant le coup de grâce à l'empire et à la force d'âme des Byzantins.

Dans ce contexte, en provoquant les doutes et les blasphèmes évoqués par Kritoboulos, la nouvelle épidémie eut sans doute pour effet de durcir la réaction de deux théologiens, Agallianos et Scholarios, traumatisés par l'anéantissement de leur patrie. Quelques années plus tard (1471), Scholarios recalculait la date de la fin du monde, qu'il fixait à 1492.²⁴

²² Voir M. BRIEL, *A Greek Thomist: Providence in Gennadios Scholarios*, Fordham 2016.

²³ Scholarios.

²⁴ Cf. Georgios-Gennadios Scholarios, *Chronographie*, éd. M.-H. Congourdeau, «Scholarios, Chronographie. Édition corrigée, traduction, annotatio», dans B. Lellouch & S. Yerasimos, *Les traditions apocalyptiques au tournant de la chute de Constantinople (Varia Turcica 33)*, Paris 1999, 74-97. Voir aussi mon article

S'inscrivant dans une série de catastrophes (séismes, guerres civiles et étrangères, petit âge glaciaire), l'irruption brutale de la Peste noire et ses retours périodiques ont sévèrement mis à mal l'image que les Byzantins avaient d'eux-mêmes: celle d'un peuple chéri par Dieu. D'où le sentiment d'être abandonnés, comme le fut jadis, pensaient-ils, le peuple juif. L'Église se devait d'apporter des réponses et elle apporta ses réponses traditionnelles: nous avons péché, Dieu nous appelle au repentir pour nous sauver d'un malheur plus grand qui est la damnation. Peu à peu s'ébaucha un renouvellement de la réflexion sur le jeu entre la Providence et les causalités naturelles (air, miasmes). La catastrophe ultime de 1453 stoppa net cette réflexion renouvelée. La fin du monde était en marche. La Peste n'était qu'un des fléaux annonciateurs de l'Apocalypse.

SOURCES (ET ABRÉVIATIONS)

Agallianos = Théodore Agallianos, *Περὶ προνοίας ... πρὸς τοὺς νομίζοντας, ἐὰν φύγῳσιν ὄθεν λοιμῶδεις ἀέρες καταπνέουσι, διασώζονται ...*, éd. S. Eustratiadès, *Catalogue des manuscrits de Lavra*, I, Paris 1925, 421-435.

Anastase le Sinaïte = Anastase le Sinaïte, *Ἐρῶταποκρίσεις, qu. 28*, éd. M. Richard & J. A. Munitiz, *Anastasioi Sinaitae Quaestiones et responsiones* (CCSG 59), Turnhout 2006, 26-36.

Cantacuzène = Jean Cantacuzène, *Histoires*, IV.8, éd. L. Schopen, *Ioannis Cantacuzeni eximperatoris Historiarum libri IV graece et latine* (CSHB), Bonn 1832, 49-53.

Glabas = Isidore Glabas, *ep. 5 au métropolitain de Patras*, éd. S.P. Lampros, «Ἰσιδώρου μητροπολίτου Θεσσαλονίκης ὀκτῶ ἐπιστολαί», *Νέος Ἑλληνομνήμων* 9 (1912) 353-391, ici 376-378.

Grégoras = Nicéphore Grégoras, *Historia Romana*, éd. I. Bekker & L. Schopen, *Nicephori Gregorae Historiae Byzantinae* (CSHB), Bonn 1829-1855: XVI.1, vol. II, 797-798 ; XVI, 5, vol. II, 825.

Ibn Battuta = Ibn Battuta, *Voyages et périples*, dans *Voyageurs arabes*, trad. P. Charles-Dominique, Paris 1991, 458.

Kirtoboulos = Kritoboulos d'Imbros, *Historiae*, V.1-19, éd. D. R. Reinsch, *Critobuli Imbriotae Historiae* (CFHB Series Berolinensis 22), Berlin-New York 1983- 204-207.

Kydones = Dèmètrios Kydonès, *Correspondance*, éd. R. J. Loenertz, *Demetrius Cydones. Correspondance (Studi e Testi 186 et 208)*, Vaticano, 2 vol., 1956-1960; traduction allemande: F. Tinnefeld, *Demetrius Kydones. Briefe (Bibliothek der griechischen Literatur 16, 33, 50, 60)*, Stuttgart 1982-2003, 4 vol. N.B.: La double numérotation des lettres

«Penser la catastrophe. De la catastrophe à la fin du monde dans la littérature apocalyptique byzantine», *Recherches de Science Religieuse* 108/1 (2020) 47-56.

correspond aux numéros de l'édition de Loenertz (L) et de la traduction de Tinnefeld (T). Les pages renvoient à l'édition de Loenertz.

Marc Eugenikos = Marc Eugenikos, *Lettre au moine Isidore sur les bornes de la vie*, PG 160, 1194-1200.

Nil Kerameus = Nil Kerameus, *Prière pour la cessation de l'invasion barbare, de la guerre civile, de la famine et de la peste*, éd. J. Muller, *Byzantinische Analekten: Aus Handschriften der S. Markus Bibliothek zu Venedig*, Wien 1853, 356-359, n. 1.

Palamas = Grégoire Palamas, *Homélies*, éd. P.K. Chrestou, *Γρηγορίου τοῦ Παλαμᾶ ἅπαντα τὰ ἔργα*, vol. 10, Thessalonike 1985.

Scholarios = Georges Scholarios, *Sur la prédétermination (Περὶ τοῦ θεοῦ προορισμοῦ)*, éd. L. PETIT, X. A. SIDERIDÈS & M. JUGIE, *Œuvres complètes de Georges Scholarios* vol. 1, Paris 1928, 390-460.

Théophane de Nicée = Théophane de Nicée, *Oratio eucharistica pro liberatione pestis*, PG 150, 352-356.





Dirección

Juan Signes Codoñer

Diseño y maquetación

Carmen García Bueno

Contacto

Sociedad Española de Bizantinística
CCHS-CSIC (despacho 1C16)
C/ Albasanz 26-28
28034 Madrid (España)
estudiosbizantinos@gmail.com
(<http://bizantinistica.blogspot.com.es>)

Publicación electrónica gratuita y de distribución libre de la Sociedad Española de Bizantinística.

